

La artesanía como forma de vida

| Claudio Malo
Ex Director Ejecutivo CIDAP

Cambios, cultura, ideas

En nuestros días es satisfactorio vivir la actitud positiva de la mayoría de ciudadanos frente a lo que denominamos identidad cultural, conformada por una serie de ideas, creencias, actitudes, realizaciones creativas, tradiciones organizadas de manera informal que estructuran la fisonomía propia de cada región o país. Las políticas públicas incitan a su respeto, en los entornos académicos valoran estas manifestaciones, las investigan y estudian con seriedad y las personas comunes y corrientes tienden a valorarlas y, con frecuencia, sentirse orgullosas de estas expresiones.

La concepción tradicional de cultura que parte de su raíz latina, “colere”, que significa cultivar, la considera como resultado de la creatividad humana que ha cultivado sus facultades que van más allá del instinto y que han logrado resultados apreciables no comunes. No todas las personas se cultivan, lo que llevó a que se divida a los integrantes de las colectividades en cultos, la minoría e incultos la mayoría. El DRAE definía cultura como “Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre”. La Antropología Cultural, que se consolida como disciplina científica en la segunda mitad del siglo XIX, parte de otra visión. A

diferencia de los demás integrantes del reino animal cuyas vidas están organizadas por el instinto, los seres humanos la hacemos mediante una serie de ideas y pautas de conducta creadas a lo largo del tiempo que se denomina cultura. Con este enfoque no hay personas cultas e incultas ya que, por el hecho de ser humanos, somos parte de una cultura. La coexistencia de estas dos concepciones llevó a considerar, conceptualmente la existencia de una cultura elitista y una popular caracterizada por la espontaneidad de sus realizaciones dentro de las comunidades.

Este nuevo planteamiento cobró cada vez más fuerza y en los años setenta, la OEA proyectó parte de sus políticas a la investigación y valoración de la cultura popular para lo que se crearon dos instituciones internacionales: el Instituto Interamericano de Etnomusicología y Folklore (INIDEF), con sede en Caracas, Venezuela, y el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP) en Cuenca, Ecuador.

Hace cuarenta años, mediante un convenio entre el Gobierno del Ecuador y la OEA, inicia sus actividades el CIDAP. Vale la pena considerar que en esa época hablar de Cultura Popular se consideraba un contrasentido –como decir círculo cuadrado- y la artesanía como una

actividad de segunda categoría. Recuerdo en mi infancia que, en alguna polémica entre dos poetas, el uno calificó al otro como el “artesanos del verso” con un sentido peyorativo. El CIDAP a lo largo de estas cuatro décadas, ha dedicado sus esfuerzos para revalorizar y dignificar las artesanías y las artes populares como expresiones propias de la identidad de los pueblos que mantienen su espíritu superando las barreras del tiempo.

Lo útil, lo bello. La respuesta más generalizada a la pregunta en qué nos diferenciamos de los demás integrantes del reino animal es que pensamos. Pero vivir es actuar y el pensamiento se traslada a acciones. Nos hacemos en el tiempo mediante decisiones libres, condicionada por situaciones del lugar y tiempo en que nos desarrollamos, lo que Ortega y Gasset llamó “circunstancia”.

Pensar y actuar desarrollan la creatividad que se manifiesta en múltiples ámbitos y de cuya aplicación surgen formas de vida a las que nos incorporamos. Se expresa mediante tecnologías para satisfacer necesidad prácticas o la expresión de belleza. Somos, hasta lo que sabemos, los únicos integrantes del reino animal con capacidad de contemplarla y expresarla. El predominio de una de estas dimensiones influye en la forma

de vida. Lo útil y lo bello no son incompatibles. La Revolución Industrial los distanció limitando al artista a la única tarea de elaborar obras que se agotan en la contemplación, lo práctico se encajonó en la industria.

La artesanía aparentemente quedó sin territorio y no faltaron quienes anunciaron su final. Han transcurrido más de dos siglos y siguen vigentes, no como competencia a la industria, sino como alternativa a lo salido en serie de las fábricas. La Revolución Industrial no devoró a las artesanías. Como dice Octavio Paz, *“La artesanía no quiere durar milenios ni está poseída por la prisa de morir pronto, transcurre con los días, fluye con nosotros, se gasta poco a poco, no busca la muerte ni la niega, acepta. Entre el tiempo sin tiempo del museo y el tiempo acelerado de la técnica, la artesanía es el latido del tiempo humano”*. Es decir, una forma de vida.



Archivo CIDAP



Archivo CIDAP

Creatividad y personalidad

La creatividad artesanal es casi ilimitada. Todos los materiales son idóneos para recibir este espíritu. Desde el oro y las piedras preciosas hasta hojas que nos provee la naturaleza son receptivas a este espíritu. La artesanía dignifica algunos materiales cuyo destino es el basurero; los trapos y chatarras lo testimonian. El amorfo sello de marca, no se da en las artesanías. El artesano no es un industrial, sus obras tienen una visión diferente. No es un artista como los considerados así en las artes visuales.

El artesano no reniega de la finalidad utilitaria de sus obras, las elabora para que satisfagan alguna necesidad. El ser humano es una unidad. Tenemos necesidades prácticas y capacidad para disfrutar de lo bello. Una mesa común satisface una necesidad, igual que otra tallada por un ebanista; en la segunda se disfruta de sus encantos en acciones de la vida cotidiana. Las artesanías son vitales más que conceptuales. Actividades prosaicas, como reposar y comer, no requieren belleza, pero en los muebles y vajillas lo bello apunta a la satisfacción de necesidades estéticas.

La vestimenta es un ejemplo. La usamos para protegernos de las inclemencias del tiempo y res-

ponder a las ideas de pudor, pero es un soporte para incorporar belleza y adornar. Está presente en atuendos comunes, pero se intensifica en ocasiones especiales o ceremoniales. El bordado es muy difundido para adornar la ropa de las personas que buscan proyectar a una imagen estética, más allá de los encantos o desencantos corporales.



Archivo CIDAP

Identidad, condición humana y artesanías

Hay elementos comunes a todas las culturas, como hablar o tener ideas sobre el bien y el mal, pero hay rasgos que diferencian unas de otras. Amadou Mahtar M'Bow define cultura: *“Es a la vez aquello que una comunidad ha creado y lo que ha llegado a ser gracias a esa creación; lo que ha producido en todos los dominios donde ejerce su creatividad y el conjunto de rasgos materiales y espirituales que, a lo largo de ese proceso, han llegado a modelar su identidad y distinguirla de las otras”*.

Marshall McLuhan acuñó el término aldea global ante el peligro que traería la homogenización de los habitantes del planeta con extinción de la identidad cultural. Esta posibilidad ha sido considerada un

peligro y organizaciones públicas y privadas han desarrollado programas para revalorizar y conservar la identidad. Los rasgos que nos diferencian deben ser motivo de satisfacción, inclusive de orgullo. Una buena fanesca satisface más culturalmente que una hamburguesa apátrida.

Son testimonios reales y de rápido acceso. Hay artesanías con precios elevados, pero en términos generales tienen un costo accesible a las personas comunes y facilidad para transportarlas. Es más frecuente que en oficinas o dependencias públicas, de manera especial que se encuentran en países diferentes, se recurra a objetos artesanales para mostrar la identidad de los pueblos.



Archivo CIDAP

Cambio, tradición y actualización

La vida es cambio; cuando se reconoce que las artesanías mantienen la tradición, algunos afirman que son estáticos. Si se proyectan a las necesidades prácticas y estéticas de los que las usan, tienen que estar a tono con la época. Tiene que adecuarse a las demandas del entorno humano.

Las tecnologías cambian y no es posible dar las espaldas a estas modificaciones. En el proceso productivo centrado en el incremento de la riqueza se dio alta prioridad a la producción en serie, hija de las máquinas, pero las herramientas se mantuvieron sobre todo en el universo artesanal. ¿Son las máquinas excluyentes de las artesanías? Hay consenso en que las máquinas definen a la industria; mientras la mano a la artesanía. Un telar manual, un torno pueden ser considerados máquinas, pero su uso de ninguna manera atenta contra el concepto de artesanía, tanto más que, en muchos casos, estas máquinas son hechas artesanalmente como las ruelas. Parte de la producción artesanal se dirige a la elaboración de herramientas y maquinarias destinadas a acelerar y facilitar el proceso productivo. Un ejemplo es el arado tradicional. La difusión de la energía eléctrica, ha introducido maquinarias para facilitar y acelerar la producción artesanal; no cabe decir que estas innovaciones acaben con el sentido de

las artesanías, si es que hay predominio de la mano humana guiada por el cerebro como ocurre con tornos y hornos para la cerámica.

Los materiales generados por la industria, afectan a las artesanías. El caso del plástico no cabe pasarlo por alto. La cerámica utilitaria tradicional, elaboraba recipientes para el transporte y movilización de agua. Los recipientes de plásticos tienen la misma función y han desplazado a la cerámica por no ser frágiles; las tinajas y los cántaros son hoy atractivas piezas de museo. Se sigue prefiriendo las piezas de arcilla para comer, pero su alta demanda por el incremento de la población, ha llevado a que la inmensa mayoría de las vajillas sean hechas industrialmente.

Innovaciones tecnológicas para tareas continuas como cocinar, han producido efectos similares. La tradicional olla de barro con su forma idónea para ubicarla sobre piedras y recibir en la superficie el fuego de la leña, ya no se trabajan. Las cocinas a gas o eléctricas requieren otro tipo de utensilios con la superficie inferior plana y de metal, que cumplen mejor la función de concentrar el calor. Los cambios tecnológicos y sociales han planteado retos a los artesanos para buscar caminos y mantener la producción buscando apetencias propias que la industria no

puede satisfacer, como el tallado en madera, en otros apelando a la necesidad de incorporar elementos estéticos. Vivimos en domicilios y las condiciones prácticas generadas por la tecnología son imprescindibles, pero los encantos de la belleza en la decoración son también imprescindibles. Es necesario contar con un público

consumidor. La presencia directa del ser humano en los objetos tiene especial atractivo. Si la artesanía no puede satisfacer las necesidades masivas, es necesario que se concrete a lo que buscan las minorías. Los contenidos estéticos se amplían en el universo artesanal, que por su producción individual aventaja a la industria.



Trabajo y realización humana

En la industria la máquina posibilita la rapidez y la participación humana suele limitarse a acciones repetitivas para el trabajo planificado por gente ajena a su funcionamiento. No se exagera si se afirma que el obrero en una industria es un mero auxiliar, quizás un apéndice, de la máquina.

En la industria cada obrero cumple repetitivamente una tarea sin conocer su importancia en el producto final. Son acciones aisladas de la integración global; del proceso son responsables técnicos que han establecido un orden con objetivos para los resultados. Propio de la especie humana es planificar individualmente muchos de sus actos, anticipando en su mente los resultados que coincidan con el orden en las acciones, lo que da sentido a su creatividad.

Conoce plenamente el artesano el sentido de sus actividades en el proceso que culmina con la pieza. Es consciente del sentido de cada una de sus acciones y está siempre presente el resultado final. Somos temporalizados que vivimos presentes configurados por el pasado y el sentido de lo que hacemos se justifica en los resultados del futuro. En este contexto el trabajo artesanal es humano en el sentido integral del término. La vida tiene más sentido si sabemos para qué realiza-

mos tal o cual tarea, más allá de la prosaica remuneración.

En una sociedad monetarizada como la que vivimos, hay la tendencia a creer que casi el único sentido de nuestra actividad es el dinero que genera. Con esta visión reduccionista califican algunos al trabajo artesanal como secundario por su rendimiento económico menor, pero la vida tiene otros filones de gratificación como la satisfacción por la vinculación directa al objeto final y sentirse autor pleno del mismo.

En trabajos propios de la vida, sobre todo en los que tiene fuerza la creatividad, el sueño realizable sazona la vida. En las artesanías, la pieza existe como idea en la mente del artesano, sueña en ella. Su trabajo no se limita a movimientos mecánicos; el artesano conoce su oficio y sabe lo que tiene que realizar en el proceso, pero busca conseguir algo que vaya más allá de la aplicación del oficio y sobrepase la frialdad del trabajo físico.

En las artesanías en las que la belleza tiene mayor importancia, no aparece el objeto final como frío resultado de la aplicación del oficio, sino con componentes emotivos de la creatividad, con presencia del corazón. La pieza artesanal tiene algún destinatario que está presente en el trabajo y

se espera su reacción emotiva de satisfacción cuando llegue a sus manos. Las obras de arte no se hacen para el deleite del autor, los otros disfrutan de su contemplación. La satisfacción de la persona a quien llega la artesanía retorna al autor. La felicidad aflora como compensación a lo que buscamos y de alguna manera conseguimos.

Con frecuencia se dan casos de gente que encuentra felicidad acumulando cantidades de dinero del que no podrán disfrutar, pero la artesanía se gesta y estructura con la manera como nos realizamos, es decir nos hacemos según nuestras preferencias y cualidades.

Esencial a la vida es la comunicación. Sus caminos son múltiples. El trabajo se dirige de a los otros, por fuerte que sea el egoísmo. El artesano elabora sus piezas para llegarse a los demás; hacer algo para satisfacer necesidades de otros, es comunicarse. El mensaje que cada artesanía porta es muy rico y su impacto varía según la reacción que las personas tengan.

La artesanía es una forma de vida en cuanto establece condiciones, metas y posibilidades de éxito. Son muchos sus componentes, comenzando por el aprendizaje del oficio que puede provenir de la tradición familiar con el encanto de mantener y proseguir una tradición generacional o in-

corporándose a talleres en calidad de aprendices para culminar de maestros; El contacto humano es muy cercano con la consiguiente calidez de un aprendizaje en el que la teoría y la realización se funden. Se trata de una forma de desarrollo de esta etapa de la vida, en la que la comunicación es fraternal y con poco sentido de cálculo.



Archivo CIDAP

Artesanía y sociedad

Las formas de vida humana tienen sentido dentro de los contextos sociales correspondientes, su aceptación o rechazo, su valoración y aprecio; en las artesanía se da esta integración. Es importante que haya una valoración positiva por parte de aquellos que no son parte de las tareas y gestiones y las artesanías, como forma de vida no son una excepción. Instituciones que de manera directa no elaboran artesanías pueden contribuir a que se revalorice esta actividad y se las evalúe con una visión integral.

Uno de los propósitos del CIDAP ha sido y es conseguir una valoración cada vez más positiva de estos artefactos, mediante múltiples caminos. Uno de ellos ha sido la investigación y difusión de los resultados mediante publicaciones que, más allá de los análisis tecnológicos, hagan llegar al gran público el espíritu que sustenta esta forma de realización humana. Para amar algo hay que conocerlo y comprenderlo; la aceptación y valoración positiva de las artesanías se robustecen mediante este mejor conocimiento nacido de investigaciones serias.

El protagonista de esta forma de vida, el artesano, tiene que contar con medios para mejorar su

condición, incentivar su creatividad consciente de los cambios que son propios de las culturas. Cursos especializados llevados a cabo con seriedad, proveen a los artesanos asistentes de instrumentos para orientar de mejor manera sus oficios creativos y conseguir aceptación más positiva de los integrantes de la sociedad global que, de una manera u otra, se traduce en mayor demanda y capacidad de selección.

La industria, además de sus instalaciones productivas en gran escala, las fábricas, cuenta con organizaciones encargadas de difundir sus productos destacando sus elementos positivos mediante la comercialización y la propaganda con elevados costos. Los artesanos, dado el volumen de su producción, no cuentan con estas organizaciones paralelas personales, de allí que otras instituciones, como el CIDAP, se encargan de llegar al gran público mediante ferias y otras formas de difusión sin costos para los productores de artesanías que encuentran sistemas de comunicación con la colectividad sin tener que dedicar recursos y tiempo tan necesarios para su trabajo.

Hay organizaciones privadas con fines de lucro para sus organizadores, que con nombres como almacenes o galerías se dedican a la promoción y venta

de artesanías en calidad de intermediarios. No alabo ni condeno a estas organizaciones, pero destaco que para el CIDAP las artesanías, más que piezas de mercadeo, son expresiones cultu-

rales portadoras de la identidad de los pueblos que, en nuestros días, tiene creciente aceptación en las colectividades y valoración de su presencia como parte de lo que colectivamente somos.



Archivo CIDAP